

Después del ejército, la marina. Las fiestas de Cherburgo en el mes de agosto fueron como la continuación de las de París. A ellas asistieron los que desempeñaban los altos cargos electivos de la nación y los principales funcionarios del Estado, y el regocijo popular fué indescriptible. Pero los periódicos intransigentes metieron en ellas su nota discordante y la prensa extranjera de allende el Rhin encontró en los periódicos franceses motivos de acusaciones contra Gambetta y recriminaciones contra Francia. La actitud naturalmente exuberante de Gambetta contrastaba demasiado con la actitud voluntariamente retraída de León Say y con la actitud correcta hasta la frialdad de Julio Grevy, para no ser explotada por la oposición radical. Gambetta tuvo que protestar contra las ridículas acusaciones de aspirar á la supremacía. Las acusaciones no cesaron sino para tomar con más perfidia una forma nueva. Grevy aprovechaba todas las ocasiones para repetir lo que había dicho el 14 de julio, que la política francesa era y quería seguir siendo pacífica. Gambetta, que no venía obligado á la misma reserva, había dicho en Cherburgo: «Si nuestros corazones palpitan... no es por un ideal de sangrientas aventuras, es por el deseo de que lo que queda de Francia quede entero y podamos contar con el porvenir, es por el afán de saber si hay una justicia immanente en las cosas, que llega en su día y á su hora.» La forma no era de lo más feliz, pero se necesitaba toda la mala fe de los periódicos de la extrema izquierda y de la extrema derecha para ver en estas palabras una amenaza de guerra, y era menester todo el odio receloso de *La Gaceta de la Alemania del Norte* para recordar, á propósito de este discurso, las violencias históricas de Luis XIV y de Napoleón I. El periódico de Gambetta, *La República Francesa*, contestó bruscamente á *La Gaceta de la Alemania del Norte* que sus terrores eran fingidos y no tenían más objeto que preparar la opinión alemana á nuevos sacrificios, destinados á aumentar armamentos ya formidables.

Pero la reseña de las discusiones relativas á la amnistía y de las fiestas nacionales nos han conducido casi á la víspera de la caída del gabinete y hemos de retroceder unos cuantos meses para referir, por orden cronológico, otros acontecimientos relacionados con la historia del ministerio Freycinet.

Los primeros días del año 1880 fueron consagrados á la instalación del nuevo gabinete y á los acostumbrados movimientos prefecturales y judiciales. Hasta el general Farre se atrevió á tocar con mano atrevida al arca santa de las oficinas del ministerio de la Guerra. Desde el principio de la legislatura ordinaria, la vida parlamentaria fué bastante activa. Con el asentimiento del ministro del ramo, la Cámara abrogó la ley de 1874 sobre el clero castrense. Magnin reivindicó la iniciativa y la responsabilidad de las conversiones. Ferry se opuso á la creación de colegios de alumnas internas.

La Cámara emprendió la discusión del proyecto de ley sobre el derecho de reunión. La comisión y su ponente, señor Naquet, sometían á la asamblea un texto muy amplio que suprimía la autorización previa y la reemplazaba por una declaración hecha al alcalde veinticuatro horas antes de la reunión y firmada por un solo ciudadano. El alcalde daba recibo de la declaración; si lo negaba, un recibo de telegrama ó la decla-

ración de cuatro testigos podían suplirla. El plazo de veinticuatro horas es reducido á dos horas y se suprime la declaración si la reunión debe celebrarse en un pueblo cuyos habitantes no lleguen á 3.000, si debe ser electoral, si es provocada por un senador, un diputado, un consejero general ó un consejero de distrito en la circunscripción que lo eligió. Los organizadores ó los asistentes tienen derecho á modificar durante la sesión el carácter de la reunión. Suprimense las reuniones en la vía pública. El presidente de la reunión puede ser designado por el firmante de la declaración ó elegido en sesión. La autoridad puede delegar un funcionario del orden administrativo ó del orden judicial, investido del derecho de disolución, en los casos siguientes: si falta el presidente, si se produce algún tumulto, si la reunión se celebra en la vía pública.

Ni el gabinete Waddington ni el gabinete Freycinet aceptaron este proyecto que les parecía contener disposiciones incompatibles con el mantenimiento del orden público. Ambos se adhirieron á un proyecto mucho más restrictivo, que combatió Luis Blanc, partidario de la libertad absoluta y sin límites de reunión y asociación. Un diputado de la extrema izquierda, Madier de Montjau, y un miembro de la izquierda radical, Brisson, se alzaron contra la tesis de Luis Blanc. Madier de Montjau sólo admitía un derecho de reunión prudentemente limitado. Brisson temía que la libertad de asociación no favoreciese más que al clericalismo. Desechado por 304 votos contra 130 el sistema de Luis Blanc, el ministerio vió desechada su pretensión de que en la declaración se precisase el objeto de la reunión que se quería celebrar, pero obtuvo, en cambio, por 257 votos contra 180, la prohibición de los clubs, ó sea de las reuniones de carácter permanente.

El mes de enero vió desaparecer tres hombres políticos de valor y notoriedad designales y que habían contribuido á la implantación del nuevo régimen. Montalivet, ex ministro é historiador de Luis Felipe, es el tipo de los conservadores que se adhirieron á la República siguiendo á Thiers en su evolución, después de haber reconocido la imposibilidad de toda otra forma de gobierno. Leoncio de Lavergne, sabio economista, mostró igual sabiduría en política cuando, en vez de oponerse á lo inevitable, unió sus esfuerzos á los de Luro y Wallón para operar, entre el centro derecho y las izquierdas, la inteligencia de que salió la Constitución de 1875. Julio Favre, el abogado admirable, el heroico batallador contra el imperio, el melancólico é infortunado ministro de la Defensa nacional y de Thiers, murió dos días después del fallecimiento de su antecesor en el ministerio de Negocios extranjeros, señor de Gramont, cuyas faltas expió Favre tan cruelmente como toda Francia. Cremieux, su colega y amigo, le siguió de cerca en la tumba, dejando un nombre que los recuerdos de la Delegación en Tours y en Burdeos habían empañado algo, pero sobre el cual echó su postrer reflejo el generoso sacrificio que hizo Cremieux por la liberación del territorio nacional.

La Universidad perdió al sabio y justo director de la Escuela normal, Sr. Bersot, hombre de conciencia escrupulosa y delicada, que influyó poderosamente en muchas otras conciencias; hombre de un talento pene-

trante que imprimió una marca profunda en muchos espíritus; maestro escuchado, que inspiró afectuoso respeto á sus discípulos; noble figura, minada por el dolor físico, pero embellecida por el reflejo de su exquisita bondad y de su grandeza moral.

La Cámara de diputados empleó casi todo el mes de febrero en la discusión de las relaciones comerciales. Veinte años después de 1860, Francia aún no había entrado resueltamente en la vía de la protección. El ministro de Agricultura y de Comercio, Sr. Tirard, era más bien librecambista; varios de sus compañeros de gabinete eran de la misma opinión y en la Cámara muchos miembros abundaban en iguales ideas. Por esto el hábil ponente de la comisión Sr. Meline cuidó de declarar que entre la comisión y el gobierno no había conflicto de doctrinas ni oposición de principios. De común acuerdo se quería permanecer en el dominio de los hechos, y la comisión, no satisfecha con admitir los tratados de comercio, que son ya una atenuación al rigor absoluto del principio librecambista, consentía en conservar de la obra de Napoleón III y de Rouher la excepción de las primeras materias. Los nuevos aranceles fueron divididos en cuatro leyes distintas: materias animales y vegetales, materias minerales, fabricación y recargos de depósito. En la discusión de los artículos, las cifras propuestas por el gobierno en su generalidad fueron votadas de preferencia á las propuestas por la comisión. Meline, siempre en la brecha, fué á menudo derrotado por Tirard, Menier, Nadaud y Rouher.

Los únicos incidentes parlamentarios del mes de marzo fueron la votación por ambas cámaras de la ley sobre el Estado mayor y la presentación por León Renault del dictamen de la Comisión sobre la proposición Naquet encaminada á restablecer el divorcio.

El antiguo cuerpo de Estado mayor es disuelto. Los oficiales que salen con diploma de la Escuela superior de guerra pasan cuatro años desempeñando funciones de oficiales de Estado mayor y luego tres años en un regimiento para penetrarse de todos los detalles de la vida del soldado. En pie de paz hay 25 coroneles, 25 tenientes coroneles, 100 jefes de escuadrón y otros tantos capitanes de Estado mayor fuera de cuadro. Establécese en el depósito de la Guerra un servicio especial de geografía que comprende dos coroneles, tres tenientes coroneles y siete jefes de batallón ó de escuadrón igualmente fuera de cuadro.

La presentación del dictamen de León Renault sobre el divorcio, únicamente la mentamos aquí mucho antes de la discusión pública, para dar á conocer la opinión de León XIII sobre el sacramento del matrimonio, la subordinación por la Santa Sede del poder civil al otro poder «que recibió el depósito de las cosas celestiales,» y la afirmación de que «sólo la Iglesia puede y debe disponer y estatuir sobre los sacramentos.» En tal materia, el lenguaje de León XIII no podía diferir del lenguaje de Pío IX.

Freycinet dió por fin una satisfacción, hartó tiempo esperada, á la opinión republicana, á las Cámaras y á todas las ponencias del presupuesto del ministerio de Negocios extranjeros desde 1876, operando la reorganización de los servicios de la administración central de dicho ministerio y la asimilación y equivalencias de

grados; medidas que completó con acertadas disposiciones relativas á los vicecónsules y á los intérpretes. Las direcciones política, comercial y diplomática y consular son conservadas; pero las atribuciones de los tres directores en materia de disposición de gastos pasan á un nuevo director, el del personal, que trabaja directamente con el ministro. El servicio de los archivos, fusionado con la contabilidad, viene á formar una oficina de registro, aunque se conserva la dirección establecida en 1830. Lo contencioso forma igualmente una dirección con dos secciones distintas, la del derecho público y la del derecho privado, que abarcan todas las cuestiones que interesan á los extranjeros en Francia y á los franceses en el extranjero. Merced á esta reforma, el trabajo resulta mejor repartido, y el dominio despótico de los directores que antes disponían del personal y de los fondos, queda definitivamente destruido. Los ricos archivos del ministerio, tan largo tiempo y con tanta obstinación cerrados á los historiadores, fueron liberalmente abiertos por Freycinet.

El ministro pensaba, como Spuller, que «ningún gobierno serio puede aceptar que le perjudiquen sus empleados» y confió la administración central y los puestos exteriores á funcionarios adictos á la Constitución republicana. Primero León Say y después Challengel-Lacour fueron nombrados embajadores en Londres, Duchâtel en Viena y John Lemoine en Bruselas. Llamado á la presidencia del Senado, León Say no hizo más que pasar por la embajada de Londres, y John Lemoine ni siquiera llegó á tomar posesión del cargo, en que le reemplazó Decrais.

La política extranjera de Freycinet durante los primeros meses de 1880 no fué muy activa, viéndose supeditada á la actitud que había tomado Waddington. Así lo indicó el ministro en la circular por él dirigida en 16 de abril á los representantes de Francia en el extranjero. «Nuestra política exterior es ante todo una política de paz y de conciliación,» decía Freycinet. Su único fin es el cumplimiento del tratado de Berlín y la consolidación del nuevo estado de cosas creado en Oriente, ó sea el reconocimiento definitivo del principado de Rumanía y la demarcación de fronteras entre Turquía y Grecia. Otras cuestiones de menos interés, también nacidas del Congreso de Berlín, se hallan en vías de solución: la cuestión de fronteras entre Turquía y Montenegro y entre Rumanía y Bulgaria, las cuestiones de propiedad territorial á restituir á los refugiados de Servia, Bulgaria y Montenegro vueltos á sus hogares. Entrando luego en la gran cuestión relativa á la inteligencia con Inglaterra acerca de Egipto, Freycinet se expresa en estos términos: «El Egipto es una tierra antiguamente regada con nuestra sangre y fecundada hoy con nuestros capitales, rica en productos que alimentan nuestro tráfico por el Mediterráneo; constituye un mercado necesario para nuestra actividad industrial y comercial y está relacionada con Francia por un conjunto de tradiciones que no podríamos dejar decaer sin que sufriese una de las fuentes de nuestra grandeza nacional.» Estas palabras, las únicas que presentan un poco de relieve en la circular de 16 de abril, no podían hacer prever la triste debilidad de 1882. Freycinet expone luego el funcionamiento del sistema de los interventores generales europeos y de la comisión

especial de liquidación, compuesta de dos ingleses, dos franceses y tres representantes de las otras tres potencias que tienen intereses en Egipto: Austria, Alemania é Italia; y termina justificando que el gobierno francés haya negado la extradición de Hartmann á Rusia y afirmando que los derechos del 29 de marzo en nada afectan á las condiciones de la protección francesa á los misioneros en el extranjero.

La política exterior de Freycinet fué un poco más activa durante el verano de 1880. Francia se había puesto de acuerdo con Italia é Inglaterra para proponer un trazado de la frontera turco-griega, y, el 16 de junio, se reunió en Berlín una conferencia que adoptó por unanimidad el trazado francés. El 16 de julio, remitió una nota de las potencias á los ministros de Estado de Turquía y de Grecia, imponiéndoles una línea que seguía la cuenca del Kalamas desde su desembocadura hasta sus fuentes, las crestas que separan los valles del Wuitza, del Haliacmón y el Mavrueri al Norte, los del Kalamas, del Artá, del Aspropotamos y del Salymbrias al Sur, y la cresta del Olimpo hasta su extremo oriental sobre el mar Egeo. Las grandes potencias estaban también de acuerdo para proponer á la Puerta que abandonase á Montenegro el puerto de Dulciño y para aconsejarle que introdujese reformas en Armenia. La Puerta, secretamente alentada por Alemania, contestó como siempre de una manera dilatoria; instigó á la Liga albanesa hasta lograr que se opusiese á la cesión de Dulciño, al mismo tiempo que encargaba á Riaz Pachá que ocupase esta ciudad para entregarla á Montenegro, y sólo aceptó en principio el nuevo trazado turco-helénico. Entonces fué cuando se preparó la manifestación naval de Dulciño, que volvía á poner la cuestión sobre el tapete, tanto ó más que las resistencias y la mala fe de la Puerta.

Durante el ministerio Freycinet empiezan entre Francia é Italia los primeros disentimientos acerca de Túnez: á la adquisición por la Compañía italiana Rubbatino, á un precio exorbitante, de la línea de la Goulette á Túnez habían seguido concesiones hechas por el bey á la Compañía de Batignolles y á la Compañía Bona-Guelmá que anulaban enteramente la importancia de la adquisición italiana. Además, el Sr. Roustán obtuvo del bey que no concedería ninguna nueva línea férrea sin previo asentimiento del gobierno francés.

En el momento de su retirada voluntaria, Freycinet dejaba, pues, la situación indecisa, si no comprometida, en Oriente, y, por el contrario, muy despejada en Túnez, gracias á la firmeza de Roustán.

#### IV

La historia parlamentaria del mes de abril ofrece pocos acontecimientos notables. Fuera de la Cámara, los Sres. Clemenceau y Floquet hicieron aprobar su actitud política en reuniones cuidadosamente preparadas y se pudo observar una diferencia en su radicalismo. Floquet, aprobador momentáneo de la política del gabinete, declaró que seguía siendo del partido de la revolución y de la expulsión de los jesuitas. Clemenceau, más lógico, aunque no tan político, afirmó que no se había hecho nada, que no había más que un modo de resolver la cuestión religiosa, que el medio consistía en

separar la Iglesia del Estado, y calificó en estos términos la conducta general del ministerio: «El principal resultado de la política de los resultados está en hacer una política sin resultado.» En la Cámara, la interpelación del Sr. Godolle sobre una carta del Sr. Journault permitió al Parlamento aprobar, indirectamente y sin entusiasmo, el nombramiento de Alberto Grevy para las altas funciones de gobernador general de Argel. El secretario general del gobierno, Sr. Journault, se había quejado, en una carta dada á la publicidad, de que, en ausencia del gobernador, se le había dejado sin instrucciones y sin poderes. La oposición sacó partido de aquel desacuerdo, y el Sr. Godelle, bonapartista, más bien que obtener explicaciones sobre la administración de Argel, trató de perjudicar al presidente de la República atacando á su hermano. Muy constitucionalmente el ministro del Interior, Sr. Lepere, defendió á Alberto Grevy, quien á su vez, aunque aprobado por su ministro, se hizo oír como agente del gobierno, defendiendo su administración con más optimismo satisfecho que conocimiento profundo de las cosas africanas, y, después de un nuevo ataque brusco de Godelle, que le valió la exclusión temporal, la orden del día de confianza reunió la unanimidad de 342 votantes.

El general Farre había hecho firmar, el 20 de febrero, un decreto relativo á los grados del ejército territorial, y continuaba lentamente, pero con firmeza, la aplicación del mismo. Todos los grados del ejército territorial estaban reservados á los oficiales del ejército activo retirados. Si dichos grados estaban ya ocupados por oficiales de distinto origen, lo que era frecuente, estos oficiales tenían que ceder el puesto á los otros. De este modo se puso término al escándalo que se había producido con frecuencia bajo la gestión de los anteriores ministros de la Guerra. Habiendo estos ministros reservado todos los grados superiores á reaccionarios, resultaba que un comandante retirado era mandado por un antiguo subteniente. En virtud del decreto de febrero, el comandante tomó el mando, y el antiguo subteniente, no desposeído de su grado, servía en el inmediato inferior.

En el mes de mayo, deliberando la Cámara sobre el derecho de reunión, sufrió el ministerio su primera derrota parlamentaria, y esta derrota fué la ocasión más bien que la causa de la retirada de Lepere, ministro del Interior. Los ocho primeros artículos del proyecto habían sido adoptados, conforme á las indicaciones del gobierno y con las reservas por él introducidas en la ley para salvaguardia del orden público. El artículo 9.º, que confería al comisario de policía el derecho de disolución, si para ello era requerido por la mesa y en caso de colisiones y vías de hecho, sólo fué adoptado por 248 votos contra 210, después de la intervención de Lepere, Ribot y Freycinet. Pero el artículo 10, que confería el mismo derecho en caso de disturbios inminentes, fué desechado por 256 votos contra 126. En ambas votaciones la unión republicana se había separado del gobierno; por tanto, el representante de este grupo en el gabinete, Sr. Lepere, creyó que debía retirarse. Abandonado por sus amigos, Lepere había obedecido á un sentimiento de dignidad ofendida. Pero la derrota sobre un artículo de ley no alcanzaba también á los demás ministros? Lepere fué reemplazado por un

miembro del mismo grupo, por su subsecretario, señor Constans, quien tuvo á su vez por sucesor al Sr. Fallieres en la subsecretaría. El gabinete, no sufrió, pues, modificación en su esencia: siguió siendo tan poco homogéneo como antes, sin comunidad de miras, sin solidaridad ni cohesión entre sus miembros.

Apenas instalado, Constans tuvo que sostener la discusión de una proposición del Sr. Loustalot, modificativa de la ley Waddington, y de una interpelación del Sr. Clemenceau. La ley Waddington concedía un consejero general á cada cantón, cualquiera que fuese el número de sus habitantes. El Sr. Loustalot, con mucha lógica, quería que la representación cantonal guardase proporción con el número de habitantes. El gobierno sólo consintió en que los cantones de más de 20.000 almas tuviesen un consejero general más, lo cual era muy arbitrario. Un voto de confianza, que reunió 299 votos contra 38, fué el epílogo de la interpelación de Clemenceau sobre la manifestación del cementerio del Padre Lachaise, conmemorativa del 23 de mayo de 1871.

A intervalos la Cámara continuaba la discusión de los aranceles, y el gobierno, que parecía no tener doctrina económica, hacía recargar los derechos sobre la sosa y reducir la tarifa de los vinos. En la revisión de la legislación de las patentes, revisión esperada desde la creación de los impuestos que fueron como el rescate de la guerra, se aumentaron en cerca de 5 millones las cuotas de París, se descargaron en unos 10 millones las demás y se impuso á las sociedades anónimas un derecho fijo, 0'30 por 1000 de su capital nominal, realizado ó no. La Cámara terminó su legislatura de verano votando la ley que suprimía la letra de obediencia, á pesar de la oposición de varios diputados de la derecha.

El Senado, que acababa de elegir presidente á León Say en substitución de Martel, dimitente por motivos de salud, cumplió un compromiso contraído durante el anterior ministerio por La Royer, reconociendo la misma validez á los exámenes pasados desde 1875 hasta 1880 ante los tribunales mixtos que á los exámenes pasados ante los tribunales del Estado. Luego confirmó, sin gran resistencias de parte de la derecha, la abrogación votada por la Cámara de la ley de 18 de noviembre de 1814, sobre el descanso dominical.

La Gran Cancillería de la Legión de honor fué confiada, después de la muerte del general Vinoy, al general Faidherbe, uno de los héroes de la Defensa nacional.

Durante la primavera de 1880, se realizó una verdadera revolución en el arte: el Estado tuvo el feliz acuerdo de abandonar la gerencia del *Salón* anual, para confiarla á los artistas reunidos en sociedad. La influencia del Estado y la influencia aun más pesada de la Academia cesaron de golpe, para gran bien de la independencia artística, de la espontaneidad, de la libre expresión de las cualidades naturales. Los pesimistas prevenían un cambio que calificaban de dolorosamente inevitable, anunciando que las exhibiciones anuales de cuadros ya no tendrían nada que ver con el arte, que los verdaderos pintores y los verdaderos escultores se encerrarían cada vez más en la soledad de sus estudios. Los pesimistas se engañaron. El *Salón* prosperó, sin la tutela del Estado, en los años sucesivos.

Absorbida por la lucha contra las congregaciones no autorizadas, la opinión pública dió poca importancia á la votación definitiva por el Senado de las leyes sobre el régimen de la venta de bebidas y sobre la expendición ambulante de impresos. Bueno era abrogar la ley de 29 de diciembre de 1851, que había permitido al gobierno del *orden moral* cerrar en cinco meses 2.200 establecimientos de bebidas, atropellando la libertad de comercio. Pero era excesivo, sin duda, el no dar al alcalde más que una facultad, la de determinar, previo acuerdo del Consejo municipal, la distancia á que los establecimientos de bebidas han de estar de los edificios religiosos, de las escuelas y de los hospicios. Desde 1880, dichos establecimientos se han multiplicado extraordinariamente y el alcoholismo ha adquirido un desarrollo deplorable.

La plena libertad dejada á los vendedores ambulantes de libros, folletos, periódicos, grabados y fotografías no ha ofrecido los mismos inconvenientes. La nueva ley no exigía del vendedor más que la calidad de francés y no le imponía más obligación que la de hacer visar su catálogo.

Pocos días después de la fiesta del 14 de julio, que había reconciliado momentáneamente á todos los franceses, fundóse en París un periódico socialista revolucionario destinado á adquirir ruidosa popularidad: *El Intransigente*. Su redactor en jefe, Enrique Rochefort, se declaró, en una reunión, «del partido de los pobres contra los ricos.» Su espíritu crítico y demoleador, más que su dogmatismo socialista, aseguró la fortuna al nuevo periódico, que creó al gobierno moderado gravísimas dificultades. Seguro de la impunidad, *El Intransigente* llevó la libertad del ataque hasta los últimos límites, sin esperar que se votase la ley de imprenta.

Aunque combatida con violencia y calumniada impunemente, la República razonable alcanzaba constantes triunfos electorales. La jornada del 1.º de agosto de 1880, consagrada á las elecciones cantonales, le valió la más significativa de las victorias. De 1.433 consejeros que había que elegir, 1.026 fueron republicanos y solamente 403 reaccionarios. Antes del escrutinio los Consejos generales contaban con 1.607 republicanos y 1.393 reaccionarios; después de las elecciones, los republicanos eran en número de 1.906 y los reaccionarios quedaban reducidos á 1.004.

La vida política hubiera languidecido después de las elecciones cantonales sin algunos discursos pronunciados fuera del Parlamento por varios diputados de nombradía. En el Havre, el Sr. Floquet, menos oportunista en agosto que en abril, se declaró partidario de la separación de la Iglesia y del Estado é invitó al Senado á que no opusiera á las «inspiraciones de los representantes de la nación» una resistencia sistemática. Con tan altivo consejo, Floquet preludiva la demanda de supresión de aquel Senado que había de ofrecerle un refugio al final de su carrera política, después de un fracaso electoral en París.

Los presupuestos de 1881, aunque no se votaron hasta la época del ministerio Ferry, fueron preparados durante el ministerio Freycinet. Obra de Magnin, los presupuestos se elevaban á 3.363 millones, ó sean cerca de 64 millones más que el del año anterior. Magnin proponía una disminución de ingresos de más de 28 mi-